



ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO

CON muy buen acuerdo, los Sres. Valera y Campoamor han publicado, en un tomo elegante de la casa Sáenz de Jubera, su ya famosa polémica acerca de la Metafísica y la Poesía. La cuestión principal, pues hay muchas secundarias, accesorias é incidentales, consiste en averiguar si la metafísica y la poesía tienen utilidad ó no la tienen. El Sr. Campoamor, que es el que sostiene la utilidad de tan grandes cosas, tendrá que confesarnos que la poesía no sirve, por lo menos, para ser senador por la Universidad de Oviedo. Muchos catedráticos de esta escuela, algo metafísicos y *poéticos* algunos, con el rector y el decano á la cabeza, quisieron, contando con la aquiescencia del Sr. Cánovas, también algo poeta, que el Sr. Campoamor representara en el Senado, como hombre ilustre por sus letras y natural de Asturias, al primer centro docente de la provincia. Pero el señor

Pidal, que no es nada poético, y se va olvidando de su antigua metafísica, creyó que á una Universidad le cuadraba un senador que no fuera ni bachiller, y escribiese *tube*, así, con *b*, mejor que un vate ilustre como D. Ramón. Y dicho y hecho: Campoamor, por disciplina, no se presentó siquiera; y el barón, con *b* también, de Covadonga, salió triunfante de la urna académica, demostrando la inutilidad de la poesía y de la metafísica.

Estas bromas, que en el fondo son algo tristes, no huelgan por completo aquí, porque algunos de los argumentos de Valera se parecen al de la senaduría, y no lo negará él por cierto. Hay muchas personas, las más, que aunque otra cosa crean, no son capaces de reconocer lo serio como no vaya con uniforme; en cambio, los pocos que le tienen afición verdadera, y de amarlo viven, lo reconocen, por misterioso atractivo, debajo del disfraz más caprichoso. Valera y Campoamor son dos de los españoles más seria y profundamente preocupados... no (no es esta la palabra), interesados, por las grandes ideas, por la verdad y la belleza puras: y sin embargo, á muchos no se lo parece, porque dichos poetas no se deciden jamás á prescindir de su ingenio cuando escriben.

Que el que no tiene gracia escriba sin ella, no la tiene. Es absurdo pensar que el hombre soso,

vulgar, que no puede llevar á los asuntos que trata más que lo que ellos dan de sí, posee, sin más que esto, una ventaja sobre el hombre ingenioso, que tiene el cerebro lleno de prismas, como los ojos de ciertos bichos, los cuales, merced á las facetas de su órgano visual, en vez de ver un solo mundo miserable, como nosotros, contemplan miles de mundos que resultarán maravillosos.

Toda inteligencia refleja la realidad, y el que va á estudiar la realidad en la inteligencia ajena, se engaña si cree que allí puede encontrar más que el reflejo... que á su vez es una realidad como otra cualquiera. La luz se refleja en un pedazo de vidrio plano, y se refleja en un riquísimo brillante; pero ¡de cuán diferente manera! ¿Es que nos engaña el brillante dándonos el reflejo deslumbrador y de colores? Tan de la luz es, al tropezar con un brillante, producir aquellos efectos mágicos, como el repetirse tontamente, y debilitada, en un vidrio roto.—El que vaya á estudiar metafísica y estética de la poesía en la polémica de Valera y Campoamor, sin haber visto la luz directamente, sin saber por su cuenta de estas cosas, gritará, como han gritado ya algunos: «¡engaño! ¡trampa! ¡falta de formalidad!» No es la primera vez que se les encara á Valera y á Campoamor uno de esos críticos que luego lo dejan, para decirles que no son polemistas serios.

D. Francisco Giner, que es un verdadero filósofo, un sabio tan serio como puede serlo el que más, y goza de un espíritu tan flexible como se necesita para comprender y sentir las cosas profundas que dan interés real á la vida; Giner ha dicho hace mucho tiempo, juzgando uno de esos libros de filosofía genial, casi humorística, de Campoamor, que es preferible, con mucho, de muy superior enseñanza, el estudio de este subjetivismo de un pensador poeta, al estudio de cualquier exposición de segunda mano del sistema filosófico más *formal...*, pero probablemente no menos subjetivo.

Así es la verdad. Esa filosofía de *hacer oposiciones*, ó de llenar revistas, pocas veces es digna de una atenta lectura siquiera; á las primeras de cambio se nota la falta de originalidad, la rapsodia, y, lo que es más grave, la ausencia de riguroso método. Esos autores serios—hoy generalmente positivistas ó neoescolásticos—á pesar de toda su seriedad, suelen comenzar por el *medio*, por una petición de principio, dando por *convenidas* muchas cosas que sería necesario mostrar y demostrar; y viendo y considerando todo esto, el lector *foncièrement* serio y atento á la verdad, ya se desanima y deja de esperar cosa alguna verdaderamente científica; y con esto y la falta de amenidad que suele acompañar á tales *estudios* formales, basta para que se doble la hoja y aquel día

se haga lo que Francesca y Paolo con el libro de Galeotto, aunque por motivo muy diferente.

No hay tal peligro en la polémica de Campoamor y Valera. Desde luego se ve que aquello no es ciencia, ni pretende serlo: y en cambio es vigoroso ejercicio intelectual y donosísimo alarde del ingenio en las más nobles y delicadas regiones del espíritu.

Lo que Renan hace, él solo, en sus famosos ensayos de *dialogismo*, lo hacen Valera y Campoamor entre los dos, repartiéndose los papeles; pero no como sofistas ó comediantes, sino contando cada cual con el *color del cristal* por donde el otro mira, y teniendo en cuenta, al resumir las de la discusión, lo que pudiéramos llamar la *tara* de su jamás negada personalidad literaria, cuyo peso ya saben que el lector discreto ha de descontar al poner en la balanza de su criterio los argumentos de una y otra parte.

Si Campoamor y Valera, en su graciosa y *sugestiva* discusión acerca de la utilidad de la metafísica y la poesía, se hubieran ido derechos *al bulto*, no hubiéramos tenido grandes novedades científicas, porque la cuestión, planteada directa y exactamente, tropieza pronto en afirmaciones opuestas, que obedecen á sendos sistemas filosóficos, cuyas capitales cuestiones no pueden tratarse en esta particular materia, sino en la general del funda-

mento metafísico; y lo que sería peor, no habiéramos podido saborear los *matices* de los episodios y de las digresiones en que han lucido Valera y Campoamor su ingenio, su travesura, su profundidad *humorística* como pensadores; y Valera, además, una escogida y razonada erudición en lo que podría llamarse, usando un modismo que acaso sedujera á la señora Pardo Bazán, la *sismología* filosófica.

No negaré que á veces las paradojas de Campoamor pasan de castaño oscuro, ni que las perifrasis de pensamiento de Valera á ratos impacientan al lector más benévolo, dando ocasión, por ejemplo, á cierta frase que yo hube de emplear, no recuerdo cuándo ni dónde, y que Campoamor y Valera se lanzan, como pelota, uno á otro, por cierto que transformándola un poco. Yo había dicho, tal creo recordar, que á veces parecía que los dos insignes escritores se hacían los tontos; y ellos, por boca de Valera, acaban por maliciar que pueden llegar á serlo de veras. Téngolo por imposible; y aunque para mí es una honra muy grande haberles servido de mingo en varios pasajes de su polémica—á Campoamor singularmente,—no quiero dejar sin protesta lo de tenerlos yo, ni en hipótesis, por tontos. Ellos son los que, alambiando, han llegado tan cerca de esa disparatada conclusión; pero no yo, que si alguna vez me meto

en sutilezas, no ha de ser para poner en duda la agudeza de dos de los españoles más listos que conozco.

Entre las personas discretas é ilustradas que ya han juzgado la polémica de los ilustres académicos, merece particular consideración doña Emilia Pardo Bazán, la cual, aunque de sobra perspicaz para saber *transportar* á su verdadero sentido la discusión famosa, á veces olvida que lo principal aquí es el *juego* como *juego*, la *gimnástica* de la fantasía asesorada por el estudio, la reflexión y el sentimiento; y toma las cosas al pie de la letra y en un tono impropio del caso.

Pero aunque así sea, no cabe negar que á veces, aunque sin *humor* ni gracia siquiera, doña Emilia tiene razón contra *ambas* partes; por ejemplo, cuando se trata de la comparación del verso y de la prosa. En este punto yo suscribo cuanto dice doña Emilia, y no es ésta la primera vez que lo suscribo; pues su misma doctrina, aunque expuesta con peor estilo, la tengo yo hace tiempo estampada en un folleto dedicado á estudiar cierta apología de la poesía... en verso, del Sr. Núñez de Arce.

En efecto, tiene razón la escritora gallega; la prosa no siempre sirve para escribir comunicados, mensajes parlamentarios, anuncios y cosas por el estilo; la prosa á veces sirve para escribir los *Diá-*

logos de Luciano ó los de Platón, el *Quijote*, la *Tentación de San Antonio*, *El Genio del Cristianismo*, ó *Pepita Jiménez*; y en estos y otros muchos casos, las buenas palabras, aun sin consonante ni ritmo regular y ostensible, son algo mejor que perlas en una cazuela y esas otras pequeñas que quiere Campoamor.

Para concluir, diré que el Sr. Valera ha enriquecido la polémica al publicarla en un libro, con notas de mucho interés, y merece particular mención la que dedica á un libro español, titulado: *Filosofía de lo maravilloso positivo*, cuyo autor, el Sr. Sánchez Calvo, es todo un pensador, que sabe escribir con gran amenidad y saca fruto de muchas y variadas lecturas. Por cierto que el señor Valera me ha ofrecido hablar largo y tendido del libro del Sr. Sánchez Calvo, y todavía no ha cumplido su promesa.



NOTA BIBLIOGRÁFICA

(Julio, 1889)

El año pasado (1888), por IXART.—Barcelona.

MIENTRAS la mayor parte de nuestras capitales de provincias mandan á Madrid casi toda la fuerza intelectual y artística de su genio, y se quedan, con pocas excepciones, en manos de medianías, modestas ó no, bien halladas con pensar y sentir poco y atrasado; mientras la misma Sevilla vive soñolienta de recuerdos algo mustios, Barcelona, que no parece España, florece en letras y en cuanto las ayuda (material ó moral), seria y trabajadora, legítimamente enamorada de sí misma, para animarse con este amor propio, tan fecundo cuando es de todo un pueblo, á nuevas empresas, á más esfuerzos, á más rica y variada vida.